

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, a nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO

Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PROBLEMA

— Del placer en las ráfagas de fuego
paso feliz y alegre mi existencia.
— Yo vivo en la oración y la abstinencia,
y sólo anho el eternal sosiego.
— Rindiendo culto á la mujer y al juego
viviré mientras viva en la opulencia.
— Yo sólo adoro la suprema esencia
y sólo á Dios mi corazón entrego.
— ¡Triste, por vida mía, es vuestra suerte!
— Que no cambie jamás á Dios le pido,
pues al reposo eterno me convida.
— Decís bien, el reposo, que es la muerte;
mas yo he gozado ya cuanto he querido;
gozaréis vos también en la otra vida?

J. SAMANIEGO L. DE LEZAMA.



ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS...	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO...	» año..... 15 »

EL INDULTO

¿Qué sacrificios exige el monarquismo! Se indulta á los anarquistas que aún gimen en los presidios de África y de Burgos; pero, según vemos, no por la iniciativa del Gobierno, sino por la de la regente. Pasará así Silvela por un hombre duro y sin entrañas, que, aun sabiéndolos inocentes, los habría dejado pudrir uno y otro año en nuestras detestables penitenciarías, y la regente, como una mujer magnánima, de nobles y generosos sentimientos.

La iniciativa, ¿es, en realidad de la regente? ¿Qué vergüenza para el Gobierno! ¡Si se le ha dicho en variedad de tonos que el proceso de la calle de los Cambios, de Barcelona, es una monstruosidad jurídica; donde se ha arrancado por el tormento declaraciones absurdas, y en virtud de esas falsas declaraciones se han llevado cinco hombres á la muerte y veinte á llevar en el cinto y en la garganta del pie la cadena que sus verdugos merecían! Ni la protesta de ser inocentes que hicieron los cinco fusilados á la faz de la muerte, ni la inverosimilitud de que para la ejecución del crimen se concertaran tantos hombres, ni la opinión pública manifestada en numerosas reuniones y periódicos, ni la certeza de los tormentos, han arrancado de esos ministros una palabra de conmiseración para gentes que, ni en el castillo de Montjuich, ni en los presidios, han dejado de repetir que ninguna participación tuvieron en el crimen de que se les acusa. Ha debido ser, al fin, la regente, la que haya concebido la idea del indulto.

El Gobierno la empequeñece. Saca de presidio á los anarquistas, mas no para que vuelvan al seno de sus hogares. Los extraña del reino; repite el acto de crueldad de Canovas, que, después de concluido el proceso, desterró á los absueltos y aun á los que habían pasado dieciocho meses en la cárcel sin que se les dijera el motivo de la prisión ni se les recibiera la indagatoria. No hay lecciones para nuestros ministros. Incurren en los errores y las faltas de los pasados, creyendo siempre que no halla castigo en la tierra la injusticia.

¿Es que el extrañamiento no constituye una pena dura? Nadie, decía Danton, puede llevarse en la suela de sus zapatos el suelo de la patria. Deber abandonar la tierra en que ha nacido y se ha creado los más dulces vínculos, es uno de los mayores sacrificios; sobre todo para infelices trabajadores que no poseen más lengua que la suya.

¡Oh, mezquindad y tiranía de los gobiernos! ¿Es posible que no tomen en cuenta los años de padecimientos que esos hombres llevan? No puede con todo extrañarnos la estrechez de esos ministros. Quieren, ó han querido prorrogar por un año la bárbara ley de Septiembre de 1896 contra los anarquistas, la ley más antidemocrática y más inhumana que en la España liberal ha podido concebirse.

Tengan esos hombres siquiera un día un rasgo de generosidad y de nobleza. Corrijan el decreto. Vuelvan sin condiciones al seno de la familia á los anarquistas de los presidios de África y Burgos, y borren de una plumada las leyes excepcionales contra el anarquismo. Ley excepcional es sinónima de ley injusta.

F. PI Y MARGALL.

EL SUEÑO DE PACO PIN

¡Dios de Dios y cómo se aburría Paco Pin! El mundo le parecía soso; la realidad insípida. La repetición rítmica de los fenómenos le causaba hastio. ¡Siempre el mismo cielo, las mismas estrellas, la misma luna! ¡Siempre las mismas estaciones, los mismos partidos, sucediéndose unos á otros con monótona regularidad! ¿Por qué había de salir el sol todos los días? Era insoportable.

Una sola cosa interesaba á Paco Pin y despertaba su curiosidad. Por desgracia era una curiosidad imposible de satisfacer. Paco Pin quería saber lo que sería del mundo después que él hubiese muerto. — «Si yo hubiera fallecido antes de 1789 — se decía —, no habría tenido noticia de la revolución francesa; si á fines del siglo pasado, no habría alcanzado al gran Napoleón; si hace un par de años, no hubiese admirado los éxitos del gran Polavieja. ¿No es esto absurdo? Colabore usted en la Historia en la medida de sus fuerzas, concurre usted á la obra del progreso, interese usted por todo, para que el día menos pensado una fiebre ó una pulmonía le obliguen á dejarlo todo bruscamente, sin saber siquiera en qué para esto. ¡Es horrible!» Y Paco Pin hubiese dado cualquier cosa por averiguar siquiera lo que será de España en 1900.

Pensando en esto, su mirada errabunda fijose por acaso en un anuncio impreso en gruesos caracteres en la cuarta plana de un periódico: «Insomnios — decía —. El doctor Dulcamara, discípulo de los faquires de la India, produce el sueño á voluntad. Se puede dormir un día, una semana, un mes, un año, un siglo.» ¡Un siglo! Paco Pin se caló el sombrero y se fué á casa del doctor.

— ¿El doctor Dulcamara?
— Servidor de usted.
— ¿Es usted el discípulo de los faquires?
— El mismo.
— Me aburro, doctor.
— Bueno.
— Padezco de insomnio.
— Eso se cura.
— Quiero dormir.
— Dormirá usted.
— ¿Un siglo?
— Un siglo.
— Pero si duermo un siglo, ¿quién me despertará?
— Usted mismo abrirá los ojos, al cumplirse los cien años.

— ¿Cuándo puedo empezar á echar esa siestecita?
— Cuando usted guste.
— ¿Cuánto me va usted á llevar, doctor?
— Toda su fortuna.
— ¿Corriente — dijo Paco Pin —. Y dió al doctor cuarenta reales.

..
Había dormido Paco Pin un siglo, ó una hora? No podría decirlo. Al despertar sintió frío, dolores en todos sus miembros y quebrantamiento de huesos. Antes que se decidiera á abrir los ojos, oyó sonar en sus oídos voces extrañas, singulares, exóticas:

— Was hat dieser mann? (¿Qué tiene este hombre?)
— Ibe is drunk! (Está borracho.)
— E morto. (Está muerto.)
— Peut être qu'il est fou. (Acaso esté loco.)
Paco Pin miró en torno suyo. Cuatro hombres de raras cataduras lo rodeaban.

— ¿Qué gente esa? — preguntó, como hablando consigo mismo.

Sin duda aquellos hombres comprendían el castellano, porque todos se apresuraron á responder:

— Ich bin Deutsch. (Yo soy alemán.)
— Y am english. (Yo soy inglés.)
— Io sono un figlio della bella Italia. (Yo soy un hijo de la bella Italia.)
— Moi je suis françois, monsieur, du cœur meme de la vieille France. ¡Vive l'armé! (Yo soy francés, caballero,

del centro mismo de la vieja Francia. ¡Viva el ejército!)
— ¿Dónde estoy? — preguntó Paco Pin, ni más ni menos que una heroína de novela.

El francés, con su amable locuacidad, le sacó de dudas. Estaba sobre las ruinas de Madrid, destruido años antes por una cruzada de las provincias, llenas de indignación contra los vicios de la Babilonia española. Yacía cerca de un antiguo y abandonado cementerio. Una jauría de perros hambrientos le había arrastrado hasta allí y se aprestaba á devorarlo cuando llegaron en su auxilio los extranjeros que á la sazón le rodeaban. Entonces comprendió Paco Pin por qué se sentía tan asendereado y maltrecho.

— Y vosotros, ¿quiénes sois?
— Este tío de las patillas es un hijo de la Albión perdida, que ha venido á España á explotar una mina. El de la barba roja es un condenado prusiano que dirige la construcción de un camino de hierro. Este morenito italiano comercia en baratijas. Yo he venido á emprender un gran negocio vitivinícola, una vasta plantación de viñas de que me propongo extraer un Borgoña sin rival.

— ¿Es que no hay ya españoles en España?
Los circunstantes se miraron unos á otros con extrañeza. «Españoles en España. No, ya no había. Quedaban algunos refugiados en sitios abruptos, las alturas del Montcayo, las cimas del Pirineo, las crestas de la Alpujarra y las fragosidades del Maestrazgo. Otros pocos trabajaban á sueldo de las empresas extranjeras. Era la excepción. Casi todo el territorio de España estaba libre de españoles.

— ¿Y qué ha sido de ellos? — preguntó con ansiedad Paco Pin.

— ¡Mon Dieu! Unos han muerto, otros se fueron. Verá usted: un economista del siglo pasado, Mr. Blum, nos reveló que la riqueza del subsuelo español era tan enorme como absoluta la incapacidad de los habitantes para utilizarla. Según su expresión, los españoles se morían de hambre tendidos sobre un tesoro. Vinimos. Al principio, los capitales extranjeros servían para la explotación del trabajo indígena. Luego dieron en desecharlo. Alegaban que, aunque barato, les salía caro. Las empresas de cada país procuraron traerse á sus compatriotas, tanto más cuanto algunos de esos países estaban, como Italia y Alemania, plétóricos de población. Fué una invasión, una avalancha, entre la cual hubo de ceder el pueblo autóctono. Los que no quisieron morir de hambre tuvieron que emigrar, yendo á poblar las costas de África y las soledades de América.

— ¿Y allí qué hacen?
Esta pregunta fué acogida por una general carcajada. — Trabajan — dijo el francés, sin poder reprimir su hilaridad —, trabajan como negros, como fieras. Por la eficacia de su esfuerzo, Argelia y Túnez se han convertido en un paraíso. Marruecos, sometido al triple protectorado franco-anglo-alemán, es, gracias á ellos, un vergel. En Buenos Aires, en Montevideo, en Chile, en el Perú, en toda la América latina, su actividad sostiene la industria y el comercio y labra la prosperidad de aquellas Repúblicas. ¡Raza singular esta raza española, estéril en su propia casa, fecunda fuera, maldición para los suyos, bendición para los extraños, planta ubérrima que no da fruto á su dueño y se lo prodiga al vecino!

Refan aquellos hombres, y Paco y Pin no quiso escuchar más. Arrastrándose como pudo, fué á refugiarse entre unas ruinas. Allí, en el rincón más obscuro, se acostó y se volvió á dormir para siempre.

ALFREDO CALDERÓN.

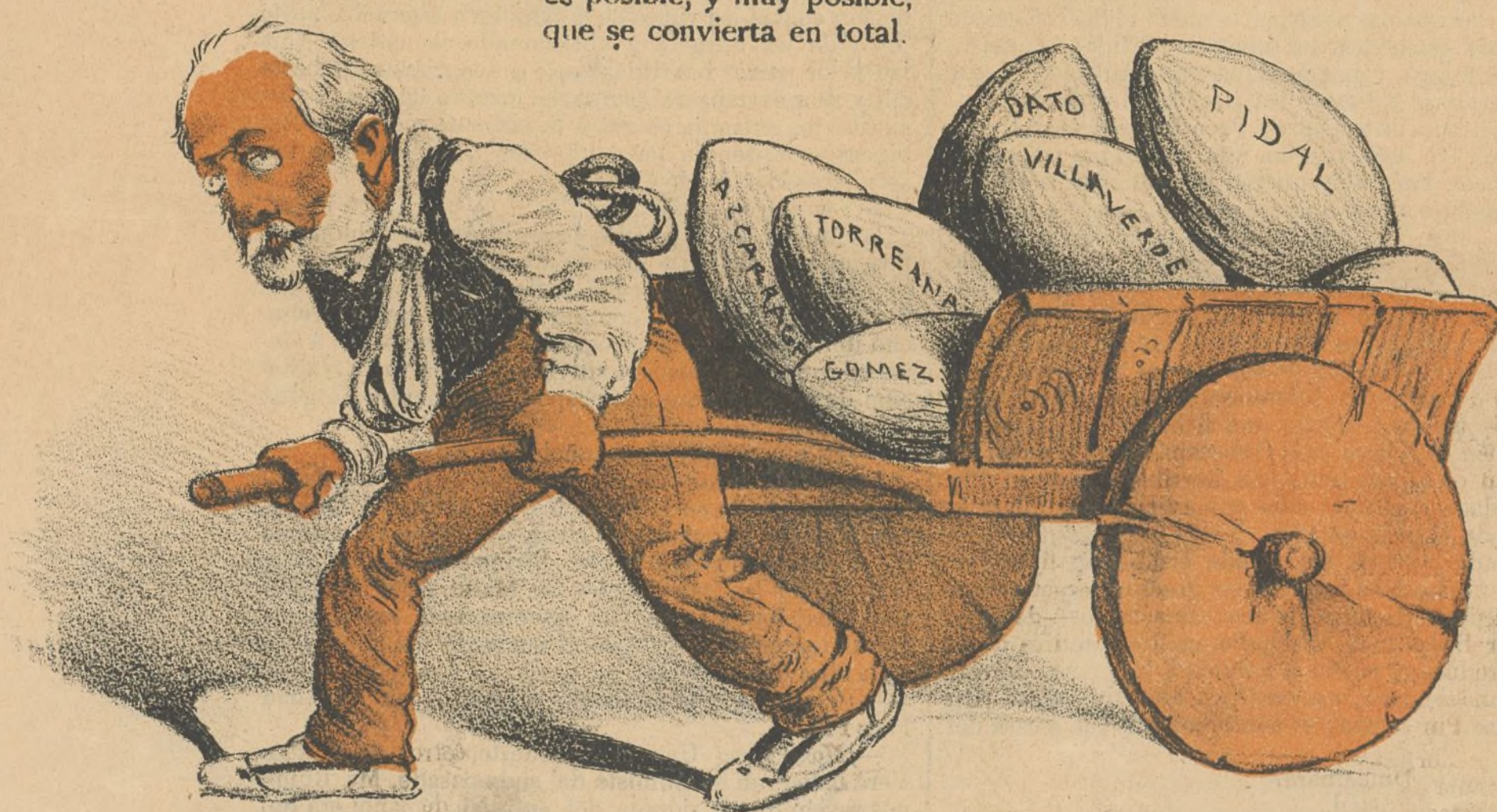
VOZ DEL PUEBLO, VOZ DE DIOS

Se cuenta que un valentón,
amigo de discusiones,
mantenia sus razones
con el puño ó el bastón.

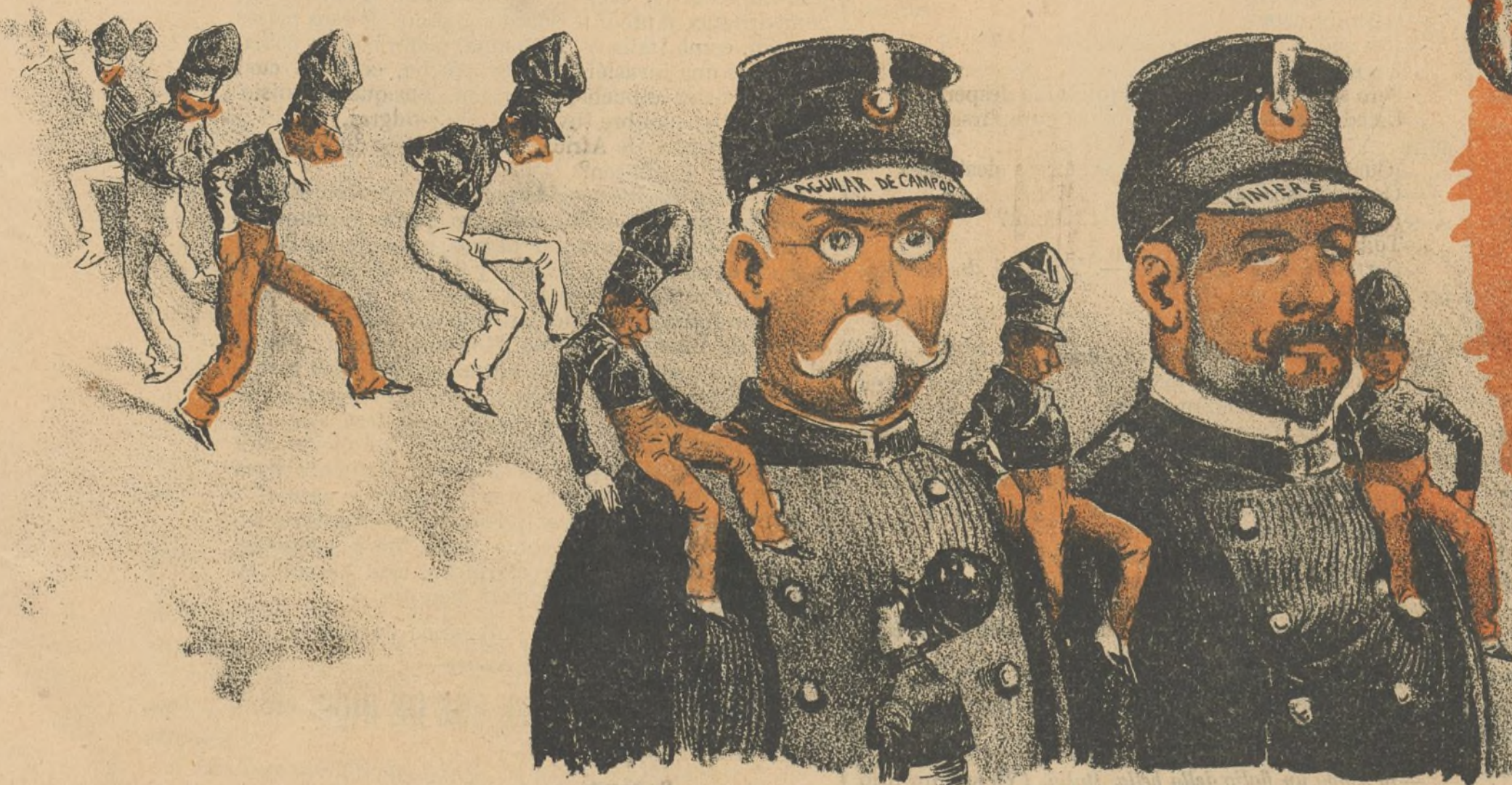
DON QUIJOTE



Este eclipse del Transvaal, en todo el mundo visible, es posible, y muy posible, que se convierta en total.



Tirando del carro.



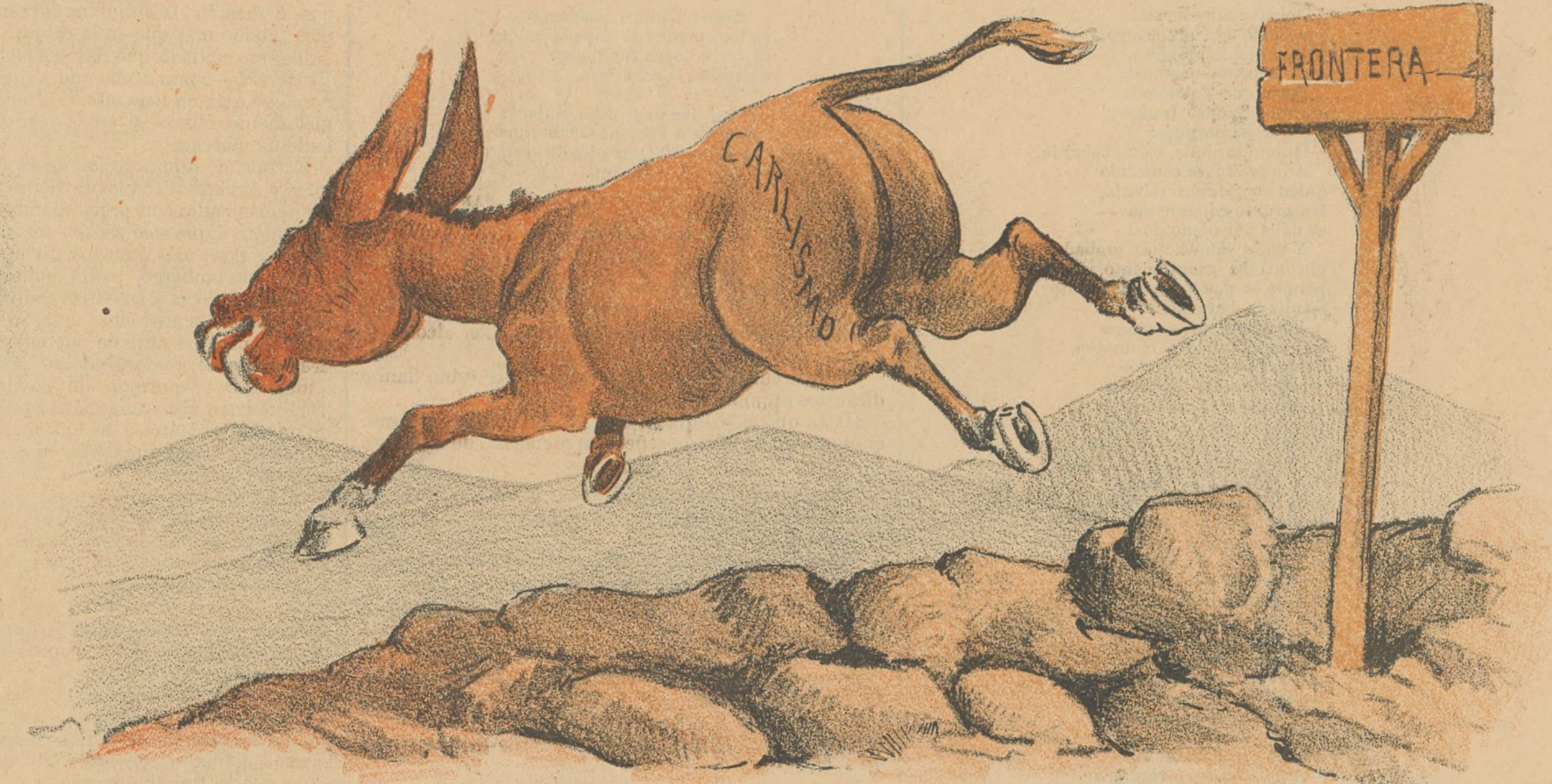
Pero esos guardias, para qué son?



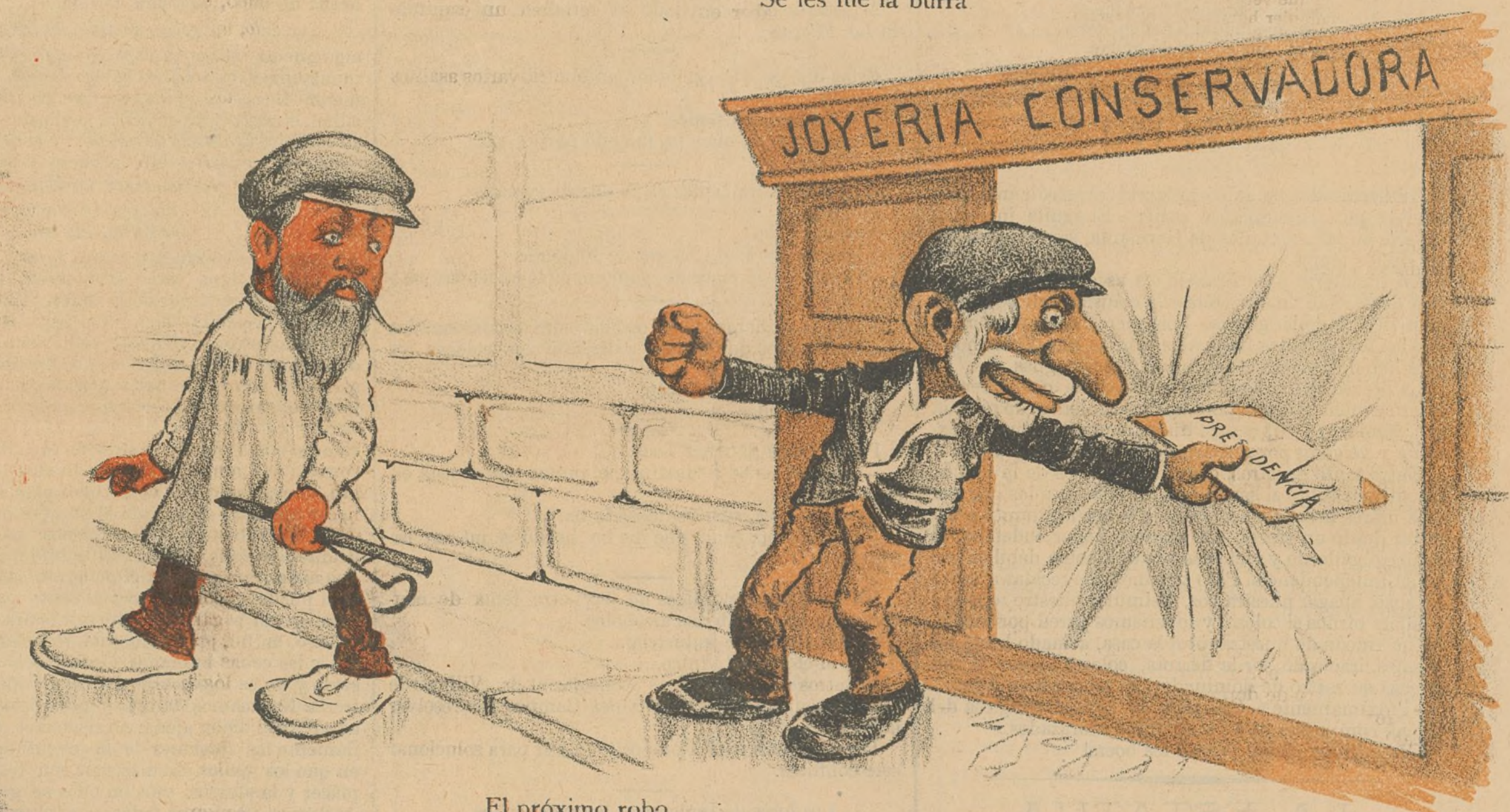
Si continúa soplando así, acaba por arrebatarle la cartera.



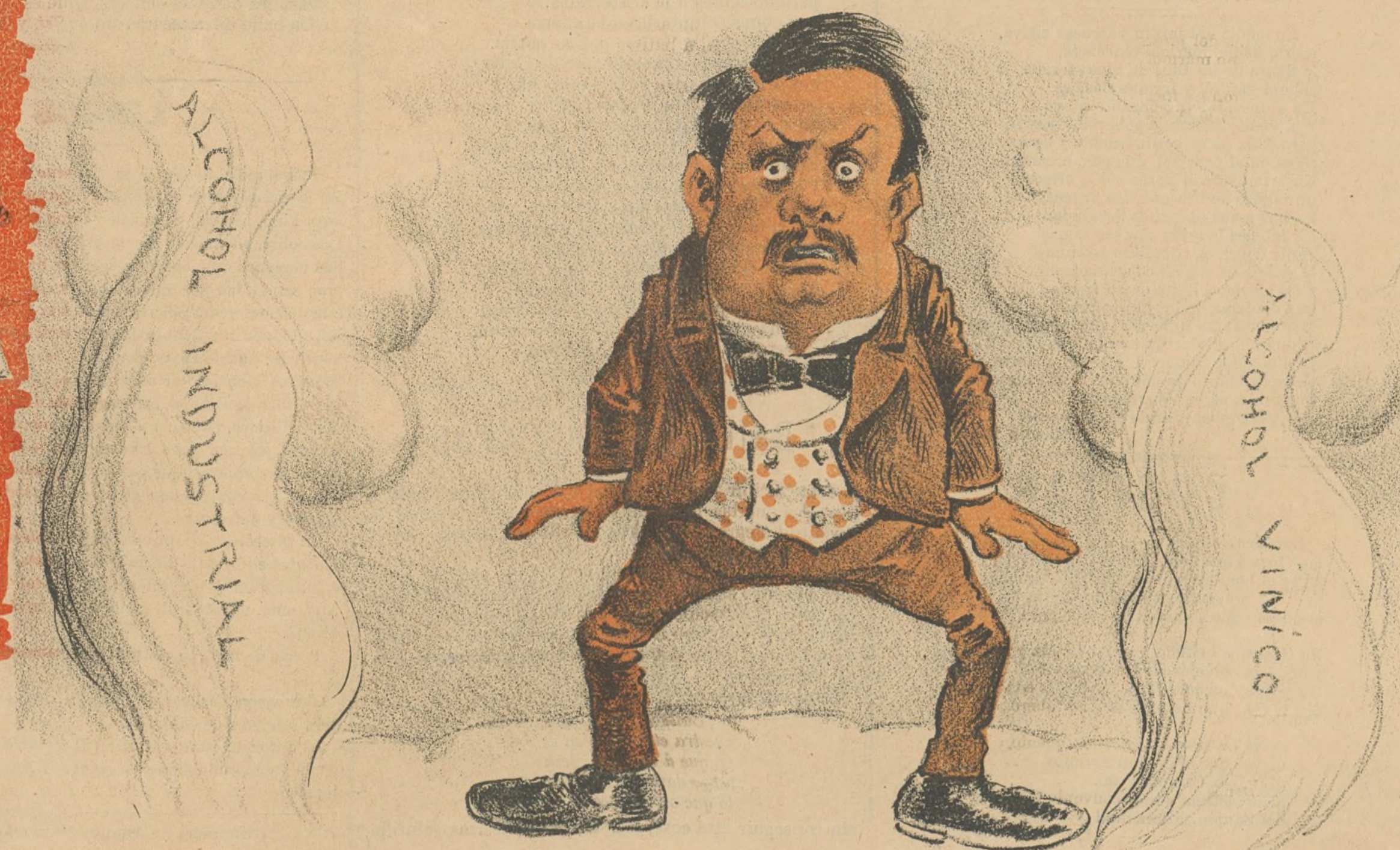
Dúo de amor



Se les fué la burra



El próximo robo



—¡Don Raimundo, que se va usted a quemar!

Opinaba muy formal que Colón era manchego, y lo sostenía luego como cuestión personal. Decía que Calomarde era un ministro francés, y replicaba después: —Quien lo dude, es un cobarde. Aunque fuese comedido quien su opinión rebatía, tan pronto como le oía se daba por ofendido.

Y en la sansez más probada encontraba asentimiento, porque en pos de su argumento se oía la bofetada.

Por todas estas razones en cuanto hablaba el matón, conformes á su opinión marchaban las opiniones.

Atentos á darle gusto, por temor de algún agravio, decíanle: —Usted es un sabio y siempre se halla en lo justo.

Y como nadie quería demostrar que se fundaba la adulación que mostraba en el miedo que sentía, fué diciendo todo el mundo, para ocultar su temor, que el fiero disputador era un sabio muy profundo.

Y tanto hicieron correr los engañosos rumores, que sus propios inventores los llegaron á creer.

Y al ver su celebridad, loco de satisfacción, llegó á decir el matón: —¡Dios mío, será verdad!

Y fué verdad, que aunque fuera cualquier hombre lo que fuere, si es que todo el mundo quiere, será lo que el mundo quiera.

RAFAEL TORROMÉ.

¡CHIS!

Guillermo de Alemania proyecta construir una flota terrible por su número y poder... El águila imperial, cautiva en las montañas de Germania, siente la nostalgia de los mares.

En Inglaterra y en Francia los aseguradores marítimos denuncian en sus pólizas la cláusula que se refiere á los riesgos de la guerra. Los mercaderes presienten que las tempestades fraguadas por las iras de los hombres han de extenderse al mundo de las aguas.

La prensa extranjera, por motivos de conveniencia internacional más que por altos sentimientos de piedad, nos requiere un día y otro día para que miremos al exterior y veamos por nuestra neutralidad amenazada.

Entre tanto nosotros, como los conejos de la fábula, discutimos sobre si son galgos ó podencos los que por esos mares nos siguen el rastro. O nos limitamos á admirar desde un rincón de nuestro hogar indefenso el esfuerzo gallardo y victorioso de un pueblo débil en pro de su independencia. Pero tenemos que recatar nuestro aplauso, apagar nuestra voz, disimular nuestro regocijo. Pudiera oírnos el coloso, y lo tenemos pared por medio, en un rincón de nuestra propia casa, armado hasta los dientes, iracundo por la derrota, coloreado por la vergüenza su rostro de dominador. El telégrafo lo dice: «Próximamente á Gibraltar la escuadra inglesa del Canal, compuesta de 12 magníficos acorazados.»

Cómo gritar ahora: ¡Vivan los boers!

LA ESTATUA

En medio del jardín yérguese altiva, en riquísimo mármol cincelada, la figura de un Dios de ojos serenos, cabeza varonil y formas clásicas. En el invierno la punzante nieve y el viento azotan la soberbia estatua; pero ésta, en su actitud noble y severa, sigue en el pedestal, augusta, impávida. En primavera el áureo sol le ofrece un manto de brocado; las arpadadas aves con sus endechas la saludan; los árboles le tejen con sus ramas verde dosel; el cristalino estanque la refleja en sus ondas azuladas, y los astros colocan en su frente una diadema de bruñida plata. Mas la estatua impasible está en su puesto sin cambiar la actitud ni la mirada. ¡Así el genio inmortal, dios de la tierra, siempre blanco de envidias y alabanzas, impávido, sereno y arrogante, sobre las muchedumbres se levanta!

MANUE REINA.

COSITAS

Don Francisco Silvela, el gobernante más fresco que registra nuestra historia, sigue el hombre en sus trece, tan campante creyendo que está en Coria el pueblo que gobierna y... ¡adelante!

En Gracia y Justicia, ¿quién manda y gobierna y nombra oficiales de sala ó salón? Un pobre muchacho que está en la edad tierna, tan tierna, que ha poco dejó el biberón.

No he visto en mi vida ingenio mayor que el de don Arsenio Martínez Campos y tal. ¡Qué lástima que el convenio del Zanjón saliera mal!

«Desde Cádiz á Busdongo» se ha asombrado España entera al ver á López con hongo en vez de la canarieta.

¿Quién es aquella mujer que va á Fomento en berlina y á diario? Quien ha de ser Catalina.

CARLOS M. SANCHEZ.

LANZADAS

Bueno, ¿pero se resuelve el asunto de los alcoholes, á qué?

¡Porque cuidado que esos alcoholeros le están dando disgustos al pobre Villaverde!

Hasta que él se enfade, que no es hombre de muchos aguantes, y les enseñe la credencial... de ministro.

Los carlistas han inaugurado en su Círculo una sala de armas con tiro de pistola al blanco.

—¿Al blanco?

Entonces dispararán los socios sobre ellos mismos.

En la pasada semana no ha ocurrido ningún robo de importancia en Madrid.

Y es extraño.

¡Porque continúa gobernándonos—es un decir—el Sr. Gallo Alcantara!

Ya se conoce el resultado del concurso de cuentos de *El Liberal*.

Y me apresuro á comunicarles á ustedes que no ha sido premiado el Sr. Silvela.

A pesar de haber enviado al certamen un capítulo de *La Filocalia*.

Estos días se han celebrado en Madrid varios asaltos de armas.

Y asómbrense ustedes!

En ninguno de ellos ha tomado parte Grilo.

Han sido denunciados en la pasada semana:

El País.

Progreso.

Digamos con el Sr. Suárez de Figueroa:

«No creo en la reacción, como no creo en las brujas.»

Nuestros príncipes de la milicia están entusiasmados con los fracasos que vienen sufriendo sus colegas los generales ingleses.

Porque lo que ellos dicen:

Mal de muchos...

Preguntan á Sánchez Toca:

—¿Conoce usted á Martínez, el pintor especialista en caza muerta?

Sánchez Toca, acariciándose la nariz:

—Ya lo creo; como que me ha hecho á mí un retrato.

En los círculos políticos no hay otro tema de conversación que ese de los alcoholes.

Que si el alcohol industrial...

Que si el alcohol vinico...

Nosotros nos permitimos aconsejar al Sr. Villaverde que encargue al general Martínez Campos de resolver la cuestión.

Porque nadie más á propósito que él para solucionar este conflicto.

Los lores de Inglaterra, los muchachos

pertenecientes á la aristocracia,

van como voluntarios á la guerra

del Transvaal á batirse por su patria.

Entre las tropas yanquis que de Cuba

nos arrojaron para eterna mancha,

había un batallón de voluntarios

de chicos de familias millonarias.

¿A qué hablar de los boers? Ya se sabe;

allí no hay diferencias ni distancias,

y se baten los pobres y los ricos

contra la poderosa Gran Bretaña.

No falta quien fundado en estos datos

comparaciones maliciosas haga,

porque no fué á batirse á las Antillas

nuestra elegante juventud dorada.

Es bien injusta la intención malévola

que hay en tal proceder, de censurarla.

Nuestros ricos quisieron alistarse,

¡Pero no les dejaron en sus casas!

BAILE DE MASCARAS

Para recibir dignamente al Carnaval, que llama á nuestras puertas brindándonos amores y placeres, la juventud alegre y bulliciosa se entrega al baile con el ardor de los pocos años.

El mundo progresará todo lo que ustedes quieran; nuestras costumbres se irán transformando al compás de la civilización; pero lo cierto es que ni la civilización ni el progreso han podido acabar con los bailes de máscaras, y que éstos permanecen á través del tiempo y del espacio.

El poeta dijo:

¡Bailad! Ninguna simpleza vuestra eterna danza es, ya que á la Naturaleza plugo daros en los pies lo que os quitó en la cabeza...

sin conseguir otra cosa, con tan sabrosísima quintilla,

que demostrar la infinidad de seres que tienen en los pies mucho más que en la cabeza.

¡Porque cuidado que hay aficionados al arte de *Doña Terpsicore*!—como decía una amiga mía—. Muchos conozco yo que, en llegando esta época, se sienten completamente felices, y antes perderían la vida que un baile de máscaras.

Excepción hecha de los de la Asociación de Escritores y Artistas, Círculo de Bellas Artes y algún otro, los demás bailes son orgías baratas, bacanales de último orden, á que sólo asisten vestales sin fuego y sacerdotes de poco más ó menos, dicho sea sin faltar.

Hay, sin embargo, padre ignorante y complaciente de suyo, que lleva á sus hijas con disfraces de construcción casera, sin sospechar que, al proporcionarlas tan sencillo goce, las abre de par en par las puertas de la desgracia y del remordimiento. ¡Cuántas inocentes palomas han encontrado un gavilán en esos salones! ¡Cuántas han visto amargarse su vida ante el recuerdo de un vals de Metra ó de una habanera ceñida é incitante! Padres, los que tenéis hijas, ¡no las llevéis á los bailes de máscaras!

No faltan tampoco la esposa *frígida* que se aprovecha de la ausencia del cónyuge para divertirse; el marido escamado que va á la busca de su costilla guiado por un anónimo alevoso (¡ah!); la patrona sensible que va en pos de un pupilo que la llevó el corazón y seis meses de pupilage; el viejecillo verde que se siente enamorado y aventurero, ¡todo ese mundo de seres que sienten la *nostalgia del placer* y quieren apurar á hurtadillas la clásica *copa de los goces*!

Pero el elemento principal es la juventud bulliciosa. Baila, bebe, se enamora, paga la cena, ¡y hasta otro año! De vez en cuando un suceso inesperado rompe la animación del baile. Dos *socios* que se abofetean, dos máscaras que se tiran de los pelos, un *curda* que se excede, una chistera que rueda, una botella arrojada al salón desde un palco, una riña formal...

un grito, un golpe, un ¡ay!, sangre que brota...

algo que no estaba en el programa y que interrumpe la monotonía del *schotis* ó el *vértigo del vals*. Pero ¡es un momento! Los *socios* quedan amigos, las máscaras se reconcilian, el *curda* entra en razón, la chistera hace un alto en su camino, la botella se rompe... y la orquesta sigue atacando los compases del número y los nervios de los asistentes que cantan, como en *El año pasado por agua*,

...sigamos bailando,

que no ha sido ná...

Quienes no faltan nunca son *primos*. Esta respetable raza, tan antigua como el hombre, no desaparecerá jamás de sobre la faz de la tierra. ¡Todavía hay quien convida! ¡Todavía hay quien paga la cena! ¡Todavía existen seres tan infelices que llevan á sus parejas á las delicias del *buffet*! Allí se *expelen* salchichones imitados, aceitunas con hueso nada más, *bistés* de persona, chuletas de becerro mate, solomillos de caoba, merluza del tiempo... de Carlos V, langostinos barnizados; una porción de cosas que no cometeré la avilantez de llamar comestibles, amén de los acreditados vinos, todos ellos tan bien presentados como bien parecidos, capaces de hacer maldecir de la vida al hombre más bueno y apacible. No hablemos de los precios: por el más insignificante *piscobalis* cobran un sentido; y el desgraciado que avanza un poco en el peligroso camino de la lista, bien puede encomendarse al santo patrón de los *primos*, no sin pagar dieciocho mil reales... sin propina.

Pero, en fin, ¡que demonio!, respetemos las debilidades y las cenas humanas. Cada uno hace de su capa un sayo, y no es lógico censurar estas operaciones de sartería. No seamos tampoco pesimistas; no queramos amar ar la dicha ajena; no borremos, en fin, despiadadamente las ilusiones de la juventud... Convengamos en que los bailes de máscaras son fiestas doradas del placer y la alegría, que en ellos se goza y se ama... y ¡bailemos! ¡Bailemos todos, y yo el primerol...

Después de todo, señores, ¿qué es la vida?

¡Un baile de máscaras sin *buffet*, y sin guardarropal

ANTONIO PALOMERO.

LIBROS

Hemos recibido el primer cuaderno del *Diccionario Popular Enciclopédico de la Lengua Española*, redactado por los Sres. Pino, Lozano, Barragán y otros notables escritores.

La obra, además de ser de gran interés para todas aquellas personas que deseen poseer un buen diccionario, es de gran actualidad por hallarse redactado con sujeción rigurosa á la décimatercera edición publicada por la Real Academia Española en Noviembre de 1899, comprendiendo además de las voces, sancionadas por ésta, términos importantes de todas las ciencias, artes y oficios, geografía en general y particular de España, con expresión de las provincias, partidos judiciales, población, riqueza, números de las cajas de correos, etc., así como gran número de palabras y frases vulgares no comprendidas en los diccionarios publicados hasta ahora, y la conjugación completa de todos los verbos irregulares y defectivos.

La Dirección é imprenta del *Diccionario*, se hallan establecidas en la calle de la Paima Alta, núm. 55, bajo, y la Administración del mismo, en la del Marqués de Santa Ana, núm. 24, Madrid, donde se dirigirá toda la correspondencia.

Precio de cada cuaderno: 30 céntimos.

Romances Moriscos.—Colección premiada en la Exposición Regional de Gijón.

El autor de estos romances, D. Francisco González Prieto, es un poeta facilísimo y de grandes alientos. Su obra merece leerse.

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12